

Lo que los ingleses han elegido

EL triunfo electoral de los conservadores en Gran Bretaña ha sido de una amplitud considerable, tanto en el número de votos como en el de escaños obtenidos en el Parlamento. Una victoria demasiado significativa y clara como para que sea posible limitar las consideraciones sobre sus consecuencias al área estricta de la política británica. Más aún si tenemos en cuenta que esta vez la consulta popular se planteaba en Inglaterra bajo el signo de una opción entre dos caminos muy definidos. Como indicábamos en esta misma columna en las vísperas de la jornada electoral, Margaret Thatcher, la líder conservadora que va a ocupar ahora la jefatura del Gobierno, y su equipo le habían dado a su programa un carácter especialmente combativo.

Lo que ha hecho Margaret Thatcher ahora es, simplemente, proponer una actuación consecuente, disipar cualquier zona oscura o ambigua en el límite que diferencia a conservadores y laboristas.

Así, socialización y libre empresa, nacionalizaciones y economía de mercado, poder sindical y poder político recuperan su sentido, dejan de ser términos equívocos. Hablar de esta manera, pronunciarse en favor de la claridad y el deslinde de campos ha sido rentable para el Partido Conservador. Una importante mayoría de electores británicos lo han preferido a las fórmulas contradictorias de James Callaghan.

La fecha de ayer, enlaza así en sentido opuesto con la del año 1945 en que el laborista Attlee consiguió una espectacular y sorprendente victoria electoral sobre Churchill. En aquella ocasión la política de Gran Bretaña dio un giro de ciento ochenta grados. Comenzó un proceso de nacionalizaciones, la creación de un sistema muy amplio de seguridad social, la aplicación progresiva de drásticos recursos fiscales. Y al mismo tiempo inició la «escalada» del poder sindical, perfectamente comprensible si se tiene en cuenta la vinculación del laborismo con las Trade Unions.

Era un proceso similar al de otros países de la Europa occidental. Se acababa de salir de la terrible experiencia de la Segunda Guerra Mundial y predominaban criterios de protección social. En un sentido parecido se produjeron determinadas medidas en la Francia de la liberación, en la Italia neconstitucional, en los países nórdicos.

Vino luego el despegue económico, el famoso «boom» en el que se combinaron regulaciones estatales y el formidable crecimiento de la economía de mercado. Ambos se equilibraron para impedir que se desarrollara un capitalismo «salvaje» o bien un mecanismo de excesivos frenos sindicales y estatales que podían ahogar la iniciativa y el impulso creador de riqueza. Así el «socialismo real» de la Europa del Este con su secuela de carencias, limitaciones y fórmulas abrumadoras de un colectivismo de Estado, constituyó un contraste muy acusado con el éxito de la equilibrada solución de la Europa occidental.

Pero la crisis económica de los años setenta ha roto en cierto modo este contrapeso equilibrado. Y por esto la Europa occidental ha de comenzar a elegir entre la lógica fundamental del socialismo y la lógica de la economía de mercado.

De alguna manera hay que buscar el restablecimiento de una justa proporción. No sería adecuado pretender hacerlo volviendo a la exasperada dicotomía capital-trabajo que caracterizó durante tanto tiempo el desarrollo del capitalismo, pero lo que tampoco resulta conveniente es dejar vía libre para una despiadada política fiscal, un proceder «salvaje» también de las fuerzas sindicales, una presencia cada vez más totalizadora de la intervención del Estado si al mismo tiempo la libre empresa ha de defenderse con sus propias armas en el seno de una economía que sufre graves problemas. Con estos supuestos se plantearon en definitiva las elecciones francesas de marzo de 1978 y así se han planteado por el lado conservador las que han dado el triunfo a Margaret Thatcher en Gran Bretaña.

Por otra parte, el comportamiento bastante reciente de los electores en Suecia, las tendencias sobre los impuestos que, iniciadas en California, se extienden ya a otros veintiséis Estados norteamericanos, señalan un camino indicativo.

Se puede creer en una u otra alternativa aunque sea con determinados matices y sin llegar tampoco a unos términos absolutos, pero los comicios británicos han sido un buen ejemplo de que ahora, Europa, no puede eludir este planteamiento.

Víctimas y culpables

Excursión a Andalucía

VUELVO ahora de Andalucía. Ha sido un viaje breve y sin excesivos ánimos turísticos. La verdad es que, en esta ocasión, iba con unas curiosidades bastante concretas: digamos políticas. Y simplemente a ver y a escuchar, un poco al azar, por las carreteras y sus bares, por los pueblos y sus calles, intentando descubrir tras el paisaje la noticia económica y en la conversación de la gente algún residuo de las inquietudes colectivas. Los resultados de las últimas elecciones me servían de aliciente. Un fenómeno nuevo, o aparentemente nuevo, se producía en aquellas tierras, y quería acercarme a observarlo. Tuve que hacerlo de prisa y en un trayecto muy condicionado. Eran los mismos días del conflicto «laboral» —no me gusta el adjetivo: me suena a «verticalista»— en la Costa del Sol, pero mi ruta iba hacia dentro: Granada, Sevilla, Córdoba. No hubo tiempo para más. Quizá resultaba preferible. Lo que me interesaba no era la crispación accidental, sino el saldo sereno, asimilado, de ese «andalucismo» que nadie se esperaba tan victorioso en las urnas. Y también su refracción marginal: las pintadas y las pegatinas, las banderas, los papeles impresos, el comentario esporádico con el taxista, con el vecino de apartamento en la taberna, con un paisano mío que vive allí...

Desde luego, y lo reconozco, no se trataba de la manera más «seria» para enterarse de lo que ocurre. Menos de una piedra, sin embargo. Esta nota carece de toda pretensión definitiva: es, incluso, todo lo contrario de un reportaje, de uno de los muchos reportajes con entrevistas y encuestas que el «caso andaluz» está sugiriendo. Pero aspira a recoger la pequeña experiencia a que tuve acceso, y, además, mi reflexión de forastero «simpatizante». Fui a Andalucía, lo confieso, a encontrarme con el «andalucismo». No con los «andalucistas». Los «andalucistas», como los «valencianistas» o los «catalanistas» y los «galleguistas», los «castellanistas», y los otros «istas» que emanan de la vieja inflamación de la Piel de Toro —«españolistas» no descartados, ¡naturalmente!—, suelen ser personas obsesivas, unos «neurós» de tomo y lomo, aburridos, crucificados por la impaciencia, el resentimiento y el embrollo general. Y tanto como lo sé, por ser uno de ellos. No el «andalucista», y sí el «andalucismo», reducido ya a niveles «corrientes», es lo que me atraía.

Me pareció que, a diferencia de excursiones anteriores, pisaba una Andalucía notablemente desfolklorizada. Todavía en la Fonda del Comercio de Guadix, mientras uno sorbía un gazpacho infame, aún oía canturrear flamen-

querías en la cocina o en el fregadero. No fue lo normal. Sospecho que, si el viajero no busca el folklore acérrimo y comercializado, y lo busca con premeditación y alevosía, las ciudades andaluzas son alegremente «sanas»: discotequeras, bien vestidas, afables, con sus motas de «porro» y sus menús «estándar». Es un buen síntoma. Como será un buen síntoma que el proletariado local —que suele ser «lumpen» todavía—, en vez de entonar bulerías o saetas, aprenda, por ejemplo, «La Internacional». Y que no se me malentienda. Ofrezco mis mayores respetos al «cante jondo». La política «andaluza», si cuaja, ha de empezar por ahí: por considerar que el futuro indígena —es decir, no emigrante— ha de basarse en las discotecas y el rock y todo eso. Como en Tijuana o en Pasadena, salvando las distancias. El folklore —el «cante»— de Andalucía, bien mirado, se parece «antropológicamente» al canturreo de los negros norteamericanos: musicalmente diferentes, encarnan la palpación de un «esclavismo». Cuando Andalucía deje de ser víctima de la «españolada» cupletera y guitarrera, el «andalucismo» ganará en rigor reivindicatorio. Mientras los andaluces flamencos, no harán nada. O sólo cobrarán la entrada al espectáculo.

El «andalucismo» incipiente no puede ser más que un «regionalismo»: no puede compararse en sus planteamientos con Galicia, el País Vasco o los Países Catalanes. Aunque en alguna pared se lea, trazado en spray, «Andalucía Independiente», la anécdota no tiene consistencia. Pero, como todo «regionalismo» irritado, el de los andaluces es bastante confuso. Les guste o no a la «clase política» de Madrid, la Monarquía española está constituida por «regionalismos» —al menos, «regionalismos»— agresivos. En todas partes cuecen habas. Cada cual grita por donde le aprieta el zapato: el zapato centralista. De ahí pueden salir exclamaciones colosales. Las andaluzas, sin ir más lejos, son justas y a la vez pintorescas. El regionalismo andaluz, tal como es posible leerlo en revistas como «Algarabía» y otras, es una trampa contra el pueblo andaluz, y lo mismo las declaraciones de los señoritos que dirigen el Partido Socialista Andaluz. El «regionalismo andaluz», y por eso es «regionalismo», se concreta en una ira más o menos sincera contra el centralismo de Madrid. Y, de paso, contra el resto de la periferia industrializada del Estado español, donde tantos andaluces han tenido que emigrar. ¿Y por qué no contra la Europa Comunitaria, albañal de la mano de obra que Andalucía expelle?

¡Ojalá el «andalucismo» logre tomar conciencia de sus problemas! Y que vea que comienzan en casa. Leyendo los entusiastas panfletos «andalucistas» al uso, la conclusión sería que los culpables de los «males» de Andalucía son Madrid, Cataluña, el País Valenciano, la Alemania Federal, Suiza y no sé qué más. El cálculo demagógico se hace a base de los emigrantes y de los impuestos. Y no niego que tengan su parte de razón estos alegatos. Lo que me extraña es que los «andalucistas» que se afirman socialistas, y que deben ser tan socialistas como yo budista, no hayan comenzado por «un análisis concreto de la realidad concreta». ¿De quién es la culpa que los andaluces emigren? ¿De quién es la culpa de que los andaluces se quedan estén al borde de la desesperación? Andalucía, esa «formación social» que tradicionalmente llamamos Andalucía, y que es un pedazo grande de la geografía celtibérica, tiene su «estructura», sus latifundios y sus medifundios, Impertérritos. Está por ver si el Partido Socialista Andaluz, avanzándose al PSOE y al PC, y a todocristo, se saca de la manga, de nuevo, la dichosa «reforma agraria». La «reforma agraria», aquí, supondría una multiplicación de los pequeños propietarios: de la propiedad privada, que tanto les encanta a los notarios y a los registradores, a los inspectores de Hacienda y a los abogados del Estado. Los andaluces del campo, con el hambre al lado, con su gazpacho, con su voluntad de huir de esa Andalucía feudal implacable, rabian, votan, hacen huelgas.

Los andaluces que todavía viven en Andalucía serían la materia prima del «andalucismo». Los que se fueron, y se fueron porque la Andalucía feudal los expulsaba, acabarían siendo catalanes, alemanes, franceses, suizos: de allá donde consiguieron asentarse. No volverán a ser andaluces. Corregirán su ceceo o su seseo, para adaptarse a otros idiomas, y se olvidarán de la Macarena, del Cristo de los Faroles y del Cabildo de Córdoba. El «andalucismo» político-social que van propalando, ¿será efectivamente «andalucismo»? Una esperanza de que lo sea se veía en Sevilla, en Granada, en Córdoba. No con entusiasmo, pero apreciable. En los aledeños rurales, ese «andalucismo» está condenado a ser revolucionario. Lo será, y iracunasará. ¿Toda Andalucía no es víctima de sí misma, o sea, de sus duques, de sus marqueses, de sus condes...? ¿Y de sus Sociedades Anónimas? ¿Y de las multinacionales? Pues eso...

Joan FUSTER

CARTAS DE LOS LECTORES

LA CUESTACION EN FAVOR DE LA SAGRADA FAMILIA

Señor Director: Se efectúa estos días la cuestación a favor de las obras de la Sagrada Familia. Esta cuestación tradicional en las costumbres barcelonesas, desde hace muy pocos años ha dejado de ser callejera y multitudinaria, para limitarse solamente al ámbito del mismo templo.

Es de lamentar lo ocurrido, pues además de perjudicar evidentemente el resultado de la cuestación, indica un desdeseo de quitarle eficacia y popularidad. Cuando después del advenimiento de la democracia, se ha dado amplitud a la calle, y de qué manera, para toda clase de propagandas y manifestaciones, resulta que se restringe, o mejor dicho, se prohíbe, una cuestación pública tradicional y de siempre, a favor de una obra querida y sentida por los ciudadanos, y que además sus torres constituyen ya el símbolo de Barcelona en todo el mundo.

Por lo visto los detractores de la famosa obra de Gaudí, pues hay detractores para todo, y más en nuestros tiempos, se han apuntado desgraciadamente un tanto. Dar dinero para cualquier cosa siempre puede hacerse, pero una cuestión pública es muy diferente: es algo popular, es una fiesta, y una segura y eficaz propaganda para unos fines, en este caso la continuación de un templo que la ciudad considera como suyo. Parece que se han impuesto los contrarios, los laicos extremados, los que abominan de cualquier exteriorización, si no se trata de la suya propia, partidista y sectaria. Resulta desagradable y verdaderamente lamentable haber restringido en la forma que se ha hecho la cuestación a favor de la Sagrada Familia.

Pedro ADMETLLA

«NO SOMOS DE PIEDRA» Y TVE

Señor Director: El programa de «La clave» me ha producido mucha pena y también indignación.

La película «No somos de piedra» está dirigida por Summers, uno de los mejores directores españoles de cine. ¿Por qué tiene que ridiculizar los valores familiares? Es la parodia más cínica y satírica que se ha proyectado en Televisión hasta el momento.

El marido aparece obsesionado por el aspecto sexual y no le importa acostarse con la criada, pues le parece más apetecible que su mujer embarazada.

Después, en el coloquio, habló un ginecólogo a favor de todos los anticonceptivos; un representante de las Iglesias cristianas indias abogó por la esterilización; otro pedía que el Estado se metiera en la familia; se habló del placer

LOS AVENTURADOS VUELOS BARCELONA-MAHÓN

Señor Director: «Los aventurados vuelos Barcelona-Mahón» que explica en su carta el señor Ibarz, me induce a escribir estas líneas. 1.º Da la sensación que el señor Ibarz sale poco de viaje. Pedir explicaciones a las «causas técnicas» de una demora es pueril. Pueden ser muchos los motivos. Las demoras tanto existen en el Aeropuerto de Mahón, como en todos los demás del mundo y entre ellos el de Barcelona, a no ser que el señor Ibarz opine lo contrario.

2.º Me da la impresión que para dicho señor, Menorca es tierra conquistada. No es el primer caso.

3.º Al que suscribe le llama mucho la atención los calificativos que da el personal de Aviaco de Mahón. Creo que el personal es amable, atento y competente. Y abusando de nuestro «humor inglés» que aún conservamos los menorquines, yo le recomendaría a don Rosendo que no volviera a Menorca. Tendría una plaza más cada mes Aviaco disponible, y así todos contentos y felices.

UN MENORQUIN

CLERICALISMO Y DIVORCIO

Señor Director: Dice un editorial de «La Vanguardia» del 28-4-79, que no puede extrañar que un ministro democristiano declare públicamente el propósito del Gobierno de acelerar la implantación del divorcio. Efectivamente, no puede extrañar, pero pienso que no por los motivos que se aducen en dicho editorial.

No puede extrañar porque la nefasta actuación de los democristianos en el régimen de Franco —durante el que fueron en buena parte los responsables de que muchas cosas opinables recibieran la «bendición» eclesialística, creando una tremenda confusión entre lo temporal y lo religioso— continúa ahora suscitando «clericalismos». Implántese el divorcio —pese a que muchos, o la mayoría (esto no se sabe) de los españoles no lo desean— si las

Cortes aprueban la ley correspondiente, pero, por favor, no busquemos «bendiciones» a su implantación. Que un ministro pertenezca a la corriente democristiana, no quiere decir nada hoy día: puede que de cristiano sólo tenga el nombre. En cualquier caso, los democristianos, como fuerza política, no representan el sentir de la inmensa mayoría de los cristianos de este país, como se puso de manifiesto en las elecciones del 15 de junio.

I. C. A.

«CALEFACCION DE AGUA FRIA»

Señor Director: En el «Boletín Oficial de la Provincia» de fecha 1.º de los corrientes ha aparecido un anuncio de la Diputación de Barcelona en el que se escribe: «Habiendo solicitado la firma X, contratista adjudicataria de las obras del proyecto de: a) Calefacción de agua fría y caliente en el pabellón Inmaculada de la Clínica Mental de Santa Coloma de Gramenet; b) Calefacción agua fría y caliente en el pabellón Nuestra Señora de Montserrat de la Clínica Mental de Santa Coloma de Gramenet...»

¿También los anuncios sobre obras en una clínica mental tienen que estar redactados por enfermos psiquiátricos? ¿Cómo es posible instalar calefacción de agua fría? Por lo visto, la Diputación de Barcelona tiene el secreto de este inigualable invento.

J. S. C.

SEMAFOROS, POR FAVOR, EN LA CALLE ENRIQUE GRANADOS

Señor Director: Tengo unos nietos que vienen con mucha frecuencia a visitarnos a mi marido y a mí, pero como sus respectivos colegios están entre Rambla de Cataluña y Balmes, y nosotros vivimos en Diputación, entre Enrique Granados y Aribau, tienen que atravesar forzosamente la calle Enrique Granados para llegar a nuestra casa, pero con el agravante de que la susodicha calle Enrique Granados, «carece de semáforos», y sé por experiencia lo peligroso que resulta atravesarla motivo por el cual le agradecería la publicación de esta carta para hacer patente mi protesta de que una calle con tanto tránsito sea la «única» desde la calle Vilamarí hasta paseo de San Juan, que carezca de semáforos, imprescindibles, ya que hay gran cantidad de niños, colegiales en su mayoría, que tienen que atravesarla cuatro veces al día, para llegar a sus respectivos domicilios.

Por tal razón, ruego a quien corresponda, tenga la bondad de prestar atención a mi demanda, y ver de subsanar esta anomalía, colocando esos semáforos que me parecen de todo punto indispensables.

UNA ABUELA PREOCUPADA

A LAS AGENCIAS DE VIAJES

Señor Director:

Me permito sugerir a las agencias que el confeccionar los folletines relacionados con los viajes programados, mencionen los metros sobre el nivel del mar en cada lugar a visitar, o bien una nota ya sea al principio o bien al final en que constara algo así como: «Las excursiones que no se mencionan la altitud, se entiende que son tolerables a todas las personas».

Ya sé que hay alguna que así lo hace, si bien sólo a algún que otro fin de semana, lo cual no basta, ya que debe ser en todas las salidas en general.

De esta manera proporcionarían una valiosa selección ya que de todos es sabido que hay muchas personas con problemas cardio-vasculares y no se atreven a participar en algunos itinerarios (salvo los muy conocidos) por temor.

J. M.ª P. R.

CAMBIO DE NOMBRE DE LAS CALLES

Señor Director:

Apenas se han constituido los nuevos Ayuntamientos, ya se aprestan a practicar la hermosa y tradicional costumbre del cambio de nombre de las calles de la ciudad. De mi recuerdo hay alguna calle en Barcelona que ha cambiado cinco veces de nombre en lo que va de siglo. Al parecer, es ésta una de las actividades más importantes e imprescindibles de nuestros ediles.

Desde luego, es inexcusable que algunos nombres se eliminen coincidiendo con los cambios políticos, pero las noticias nos hablan de «una larga relación» y entonces, ¡no! Ni es el Consistorio ni las entidades culturales ni estas «asociaciones de vecinos» constituidas las más de las veces por una exigua minoría activista, los que tienen derecho a decidir. Son únicamente los vecinos afectados a los que se ha de consultar y quienes tienen que aceptar el cambio propuesto, por referéndum o de la forma que sea.

Habito en una calle que no creo pueda ser afectada, pero de ningún modo han de ser los vecinos de otros barrios quienes decidan por uno el nombre de la calle en que vive, y esto es lo que va a suceder si prospera la propuesta aludida. Ya es hora que nos despojemos de paternalismos y autoritarismos y que dé el ejemplo este nuevo Consistorio que tanto presume de democrático y quiere, a las primeras de cambio, practicar el «orden y mando» consuetudinario.

C. M. R.